Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

V – La traición de los emires

14 – La traición del Patriarca

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

14 – La traición del Patriarca

En este relato se cuenta la conversión del Patriarca Afriún y la expedición de Baïbars sobre Constantinopla

Y el narrador continuó de este modo…

Después de enviar a los emires a Qaryat El-Inab, Baïbars permaneció en Jerusalén, reflexionando sobre si lanzar una expedición militar contra Constantinopla, para castigar al *babb* Micaelus y su audacia, pues estaba convencido de que éste era el autor de la amenazante carta que había recibido el Comendador de los creyentes. Nosotros, es evidente, que sabemos que eso es falso, una trampa más de las forjadas por ese viejo canalla de cadí, Salâh El-Dîn.

Pero, hete aquí que, un buen día en el que andaba Baïbars presidiendo su Consejo, solo rodeado de algunos mamelucos y hombres de confianza, de pronto vio llegar al Patriarca Afriún, del que ya hemos hablado anteriormente. Afriún avanzó, hizo una reverencia y le presentó sus respetos. Baïbars, extrañado por esta visita, y después de invitarle a que se sentara, le preguntó por el motivo de su llegada.

- Has de saber, hijo mío –repuso Afriún–, que cuando ordenaste cerrar el Santo Sepulcro, los conventos y los lugares de culto de los francos que se encuentran en esta ciudad, y que expulsaste a los monjes y a todos los cristianos, yo me enfurecí. Con el corazón lleno de amargura, abandoné Jerusalén y me marché a Constantinopla, en donde fui a ver al *babb* Micaelus para exponerle la situación y pedirle ayuda. Quería que lanzara una expedición militar contra ti, para reconquistar la ciudad, reabrir el Santo Sepulcro y traer de vuelta a los monjes; pero él me respondió:

- Tal y como están las cosas ahora mismo, eso es imposible. Si quieres que me embarque en una aventura así, tendrás que regresar al país de los musulmanes y buscar un medio para deshacerte de Baïbars. Cuando me hayas traído su cabeza, yo me pondré en marcha, y me apoderaré de todas las tierras de los musulmanes; pero en tanto que Baïbars siga vivo, yo no podré hacer nada, y me guardaré, y muy mucho, de enfrentarme a él.

- En ese caso –yo le respondí–, volveré sobre mis pasos, encontraré el modo de matar a Baïbars, y te prometo que tendrás su cabeza.

Al día siguiente, volví a tomar el camino de vuelta a Jerusalén; durante todo el viaje, no hacía más que darle vueltas a mil y una maneras de matarte. Pero, a los dos

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

días de marcha, mientras dormía, vi aparecer ante mí, en sueños, a un anciano con una larga y blanca barba; llevaba en la mano una lanza, cuya punta de hierro, brillaba como una estrella.

- Hijo mío –me dijo–, si no abandonas lo que ahora persigues, ¡te clavaré esta lanza en el pecho! Pero, si te conviertes al Islam, quedarás al abrigo de todo pecado en este mundo, y del fuego de la *yahannam* en el otro; pues para Dios solo hay una religión: el Islam; todas las demás no son más que vanidad. Has de saber que, sea como sea, nadie puede matar a Baïbars, pues él está destinado a ser rey de Egipto, de Siria, y de todas las tierras del Islam.

- Al escuchar estas palabras, emir Baïbars, yo obedecí al momento, y en ese mismo instante me convertí al Islam; me desperté pronunciando la profesión de fe. Al día siguiente, continué mi camino para llegar hasta ti y anunciarte esta nueva, a la espera de que, si te parece bien, me concedas algunos medios para subsistir; pues yo cuento con pasar el resto de mi existencia adorando a Dios (exaltado sea), y rogándole que te bendiga. Ésta es toda mi historia; te la he contado tal y como me ha sucedido, sin añadir ni ocultarte nada.

Y, de nuevo, el Patriarca pronunció la profesión de fe, afirmando la unicidad de Dios y la misión profética de Muhammad (que la oración y el saludo de Dios sean sobre él). Pero esta conversión en realidad no era ni más ni menos que una descarada mentira, una sacrílega impostura, pues formaba parte del plan que había tramado cuidadosamente el cadí Salâh El-Dîn.

Y el narrador continuó de este modo…

Al oír todo este discurso, Baïbars, feliz ante esta inesperada conversión, le concedió a Afriún la mejor de sus acogidas; lo alojó en las mejores dependencias de su palacio, y ordenó que cada día se le llevara comida y bebida; es decir, que le cubrió todas sus necesidades. El muy hipócrita se retiró a sus habitaciones, y pasaba el tiempo ayunando, rezando, y en otras prácticas piadosas. Cada vez que Baïbars, pasaba por su puerta, le escuchaba recitar el Corán o hacer su *dhikr*[1] con sonora voz, y Baïbars se decía: "¡Seguro que ha entrado a formar parte de los Justos, y que ha debido adquirir un alto rango entre los Hombres de Dios!". Y de esa forma, Baïbars, iba cayendo en las redes de ese astuto personaje: cada vez que se encontraba con él, corría hacia Afriún para besarle la mano y pedirle su bendición; hecho éste que enfurecía a Otmân terriblemente:

- Amos a ver, ¿me pués dicir por qué le besas las pezuñas a ese cerdo? ¿musulmán, ese? ¡tas tú güeno! ¡Que no, qu'ese maricón es un tío tal qu'el cadi; amás, me paice qu'es un cipote mal retajao, que tié la berenjena entavía con la boina!

Pero Baïbars, ante esas palabras, no hacía más que reírse:

---

[1] El *dhikr* consiste en la repetición continua de una fórmula sagrada con objeto de alanzar un estado de éxtasis místico.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Pero mira que eres tonto! –le respondía Baïbars–. Que no, ¡de veras, Otmân, que tú no sabes juzgar a la gente! Es que no te fías de nadie.

Diez días más tarde, Baïbars se fue a ver a Afriún y mantuvo una reunión a solas con él:

- Padre mío –le dijo–, ¿te sientes con fuerzas para venir conmigo hasta Constantinopla? Intentaremos buscar la forma de atraer con alguna añagaza al *babb* Micaelus fuera de la ciudad; yo lo apresaré y lo traeré hasta aquí para darle un castigo ejemplar que servirá de lección a quienes traten de imitarle. Para ti esto será una obra pía, y recibirás la recompensa de Aquel que es fuente de todas las mercedes.

- Hijo mío –respondió Afriún con su vocecita de hipócrita redomado–, no me pidas tal cosa. No, yo no puedo oír hablar de los francos, ni del *babb* Micaelus, ni tener, por poco que sea, nada que ver con asuntos relacionados con ellos; pues es mala gente; gente sin fe ni religión. ¡Alabado sea Dios que me ha guiado hasta el Islam, y me ha concedido la fe necesaria para mantenerme en el recto camino!

Vaya, que el viejo canalla se hizo de rogar largo y tendido, mientras Baïbars le suplicaba de que accediera a su petición; en fin, que, después de mil melindrerías, Afriún fingió dejarse doblegar:

- Está bien; ya que insistes tanto, iré contigo hasta allí; encontraré un medio de hacer salir al *babb* Micaelus fuera de la ciudad, y te lo entregaré. Pero, con una condición: iremos solos, sin tu ejército, y nos disfrazaremos de francos.

- Sí, es la mejor solución –concedió Baïbars.

Al día siguiente, por la mañana, Baïbars se presentó en la sala del Consejo, hizo venir a sus lugartenientes Fâres Qatâya y Fâres Qatiyya, y los designó para que ocuparan sus funciones interinamente; recomendándoles que se mostraran vigilantes y que no hicieran daño a nadie. Hecho esto, y tras tomar sus armas, su bolsa de herramientas[1] y de todo lo necesario para el viaje, de un salto subió a su montura y se puso en marcha, acompañado tan solo de Otmân y de un joven mameluco llamado Hasan y, por supuesto, del sheij Afriún. Pero no habían hecho ni dos horas de camino, cuando Otmân se paró en seco, y golpeándose la frente dijo:

- ¡Uyyy, soldao, aguanta un poco! ¡m'olvidao el molinillo café'n casa, me voy pa cogerlo!

- De acuerdo, ve rápido, que nosotros seguiremos nuestro camino.

---

[1] Se trata de la famosa bolsa de herramientas de los fidauis Ismailíes, cuyo contenido habitual ya se enumeró en "Las infancias de Baïbars"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

A todo galope, Otmân regresó a Jerusalén, presentándose como un huracán adonde Fâres Qatâya y Fâres Qatiyya:

- ¡Eh, Taka y Yaka –les largó– el soldao Nénars m'ha dicío qu'arrejuntéis a tos vuestros mamaculos[1] y que sus larguéis pa'ncontrasus con él en Costantinupla. ¡Y rapidito, que si no, sus van a calentar el costillar!

Y sin darles tiempo ni a que respondieran, Otmân partió de nuevo a todo galope. Los dos Fâres, no dudaron en ningún momento de que la orden proviniera de Baïbars, de modo que designaron a un suplente para que gobernara Jerusalén en su lugar, reunieron a todas sus tropas y partieron directamente hacia Constantinopla.

Mientras tanto, el *osta* Otmân se encaminó a toda velocidad hacia Qaryat El-Inab; se presentó ante los emires, y les dijo:

- Mi soldao m'ha dicío que pa'star contento y pasarle la esponja a toa vuestra mierda, tenéis qu'agarrar a vuestros compadres y mover el culo pa riunirse con el jefe en Costantinupla, y qu'allí sus espera.

Los emires, muy contentos de tener la ocasión de redimirse, y persuadidos de que era Baïbars el que le había confiado esta misión a Otmân, levantaron el campamento, montaron en sus cabalgaduras, y ellos también tomaron la ruta de Anatolia.

Otmân, volvió para reunirse con Baïbars, al que se guardó de decirle lo que había hecho durante toda su ausencia. Vestidos con el sayal y la capucha de los francos, los cuatro hombres caminaron durante mucho tiempo a través de estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros, tanto y tanto, que pronto se encontraron cerca de Bursa[2]. Cuando estaban a seis horas de camino de la ciudad, al ver una fuente de agua clara, decidieron pararse allí para pasar la noche. Otmân esperó pacientemente hasta que todo el mundo se hubiera dormido, luego se fue a despertar a Hasan, el joven sirviente que les acompañaba.

- ¡Eh, moná! ¡despierta! –le dijo–. Vas a montar tu penco y largarte pa Bursa. Te llegas aonde el Masud Beg, le saludas bien saludao y le dices asín: "el soldao Nénars quiere qu'arrejuntes a to'l ejército y vayas a runirte con él a Costantinupla, y que si no, ¡te vas a enterar de lo que val'un peine!

Así que Hasan también se puso en marcha hacia Bursa; se presentó ante Masud Beg Ibn Otmân le saludó, le saludó, le presentó sus respetos y le transmitió el mensaje:

- Mi señor, el emir Baïbars, te ordena que reúnas a tu ejército y te pongas en marcha hacia Constantinopla, en donde te reunirás con él. Sobre todo, te pide que te apresures.

---

[1] Así llama Otmân a los mamelucos.
[2] Ciudad de Turquía, en la costa del mar de Mármara; fue capital del Estado Otomano desde 1326, hasta la toma de Constantinopla en 1543. En el "Baïbars", Bursa es un principado musulmán, más o menos, vasallo del rey de Egipto; su jefe Massud Beg, es primo del visir Shâhîn. Ver "Las infancias de Baïbars".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Massud-Beg reunió a sus tropas inmediatamente, y a la mañana siguiente se puso en camino a la cabeza de diez mil caballeros, con aspecto de fieros leones.

Pero, volvamos a Baïbars; éste, al despertarse, se extrañó al no ver al joven Hasan, y preguntó a Otmân, que le respondió:

- ¿Qué quiés que ti diga? N'idea d'aonde s'ha podío ir ese ojete. To lo que sé es qu'es un bardajillas: esos tíos no valen pa na; ¡no piensan más qu'en darse'l piro!

- ¡Pues al diablo con él! –respondió Baïbars saltando sobre su montura. Otmán le imitó, al igual que el siniestro Afriún, y se pusieron en marcha de nuevo.

Poco después, llegaron a Scutari, en los extrarradios de Constantinopla. Baïbars y Otmân echaron pie a tierra, y se aprestaron a pasar la noche allí mismo; mientras Afriún entraba en la ciudad, supuestamente para atraer al *babb* Micaelus fuera de las murallas, y que sus dos compañeros pudieran apresarle fácilmente.

A la mañana siguiente, cuando Dios trajo el día, iluminando las tierras del mundo; en efecto, vieron al *babb* Micaelus… pero escoltado por más de mil patricios, armados hasta los dientes. Afriún marchaba junto a él, vistiendo de nuevo los hábitos eclesiásticos, y tocado con la *tarha* de la *mâshuha*[1].

- ¡Ajajá, Baïbars! ¡Ahora sí que has caído en la trampa! –le gritó el vil individuo–. ¡Esta vez no te me escaparás!

Ante tales palabras, Baïbars tuvo la impresión de que el día se tornaba en noche oscura y tenebrosa; al fin comprendió que había caído en sus redes. En cuanto a Otmân, le repetía triunfal y a voces:

- ¿T'has dao cuenta, soldado? ¡Es tu sheij ese, al que besuqueabas las pezuñas! Eh, ¿tacuerdas cuando yo te dicía qu'era igualito qu'el cadi, y tú no me creías? Y m'icías "No, no, Otmân, qué dices, ¡tú eres tonto!" ¡Pues ahora enfíjate bien y mírale! ¿Eh, eh?

- Qué quieres que te diga –respondió Baïbars–. Pero ahora no vamos a hablar de eso, ahora… Otmân, tú tienes fama de ser un muchacho valiente; ¡pues bien! ¡Hoy quiero que me muestres lo que es capaz de hacer la Flor de Truhanes de El Cairo!

- Pos vamos allá, ¿d'un golpe, m'esabrocho un botón[2]? ¿de veras, soldao? ¿oh prifieres que les trabaje un poco el costillar?

---

[1] La *tarha* y la *mâshuha* son, respectivamente, el velo de la nuca y el gorro cilíndrico característico de los sacerdotes orientales. Hay que destacar aquí, que el narrador ignora por completo la diferencia entre un clérigo seglar, y un monje ordenado.

[2] Cuando Otmân se arrepintió, Baïbars le asoció a cada uno de los botones de su chilaba, un pecado al que había renunciado, para que así se acordara mejor (ver "Flor de Truhanes"). De modo que, cuando se peleara, tuviera cuidado y recordara que no debía matar a su adversario, y solo "trabajarle un poco el costillar" con su garrote; pero cuando se desabrochara un botón, ya no se consideraría obligado a ninguna prohibición.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿De verdad necesitas preguntarme ahora eso? ¡Desabróchalos de dos en dos, y adelante!

Y picando los dos a sus cabalgaduras, Baïbars cargó, como león enfurecido, seguido del *osta* Otmân; se organizó un gran desmadre, con el sable y la lanza en las manos. ¿Pero qué pueden hacer dos hombres contra diez mil? Los enemigos les rodeaban por todas partes, cortándoles una posible retirada, e impidiéndoles maniobrar; pero contuvieron sus golpes, pues querían atraparlos con vida.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La traición de los emires"...

15 - "El retorno de *El caballero sin nombre*"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6